

VAMPIRA

Por: Antonio Diego Duarte Sánchez.

La noche es otra cosa. Aunque estés en el lugar más iluminado del mundo es imposible ignorar que el Sol no brilla sobre nosotros y las inhibiciones caen a la misma velocidad que el astro rey. Los hombres acechan, cazadores nocturnos que atacan las piezas sin misericordia, llevados del ansia oculta de perpetuar su estirpe. Pero, para mí, ellos son las presas a cobrar: soy lo que llamaríais una vampira.

No os confundáis, sin embargo. Nada pueden contra mí las cruces o la luz del día, nada el ajo o el agua bendita, ni tampoco voy encharcando las calles con la sangre de mis víctimas. Yo necesito el semen del hombre, su carga vital que desperdician al derramarlo en mí: es mi vida la que se perpetúa, no la suya.

Esta es una buena época, con noches como el día, hombres ociosos que no tienen que atender las pesadas labores agrícolas ni regirse por las horas de luz. Hombres con derechos laborales que les permiten descansar dos días a la semana, hombres que aún mantienen su status de machos dominantes y que tienen a gala una conquista; presas fáciles..., a ver cuánto dura.

La puta de Babilonia, la ramera de Roma, la lujuria culpable. Los lupanares eran nuestros más seguros refugios, los únicos lugares donde durante siglos hubimos de obtener nuestro alimento en la Europa ceñida por los hábitos y las corazas.

Mirad a esos dos, apoyados en la barra, hediendo a colonia barata y tabaco negro. Han quitado de sus dedos los anillos pero las marcas persisten, delatorias, y se lanzan bravuconadas para animarse. Sus miradas furtivas ya se han detenido en mí un par de veces; levanto el vaso, mojo mis labios con el vodka y protejo mis ojos tras el borde del vaso. Vuelven su vista; parpadeo dos veces y captan el mensaje; cuchichean brevemente, toman sus vasos y se acercan erguidos.

- ¡Hola!, ¿estás sola?. El más alto ha tomado la iniciativa; el otro me calibra, le gusto, "qué polvo tienes, hija" , piensa.

- Parece que esta no es mi noche. -digo- Me han dato plantón y me han dejado compuesta y abandonada.

Es el turno del más bajo.

- ¡Por favor!, ¡qué desperdicio!. Nosotros también estamos solos, yo soy Jorge y él es Fernando. Podríamos hacernos compañía

Fernando lanza una mirada de incomprensión. "Se supone que tiene que elegir a uno de los dos, imbécil." Sus mentes son como libros abiertos y sus caras reflejan sus pensamientos como si los escribieran con tinta fosforescente. Tres mil años sobre esta Tierra me han enseñado todo lo que necesito del espíritu humano..., y éstos representantes de la especie, aún no siendo nada extraordinario, servirán perfectamente para cuanto se requiere de ellos.

- Yo soy Luisa. ¿Tenéis fuego?.

Un cigarrillo entre los dedos y una sonrisa perversa y lo bastante explícita acompañando esa frase es todo lo que se necesita para acelerar a un hombre. Si además te inclinas un poco hacia delante dejando ver el inicio de tus pechos mientras repartes tu mirada entre ambos, pierden completamente la noción del juego y se lanzan a un ataque desaforado.

Jorge era más pausado en la cama (¿dónde, si no, creían que acabamos?) y tenía más autocontrol, Fernando era un vendaval de pasión desatada desde el primer instante. Y yo tengo suficiente para complacer a dos hombres tan distintos al mismo tiempo. No es sólo cuestión de alimentarse, hay que disfrutar la comida.

El lecho de mi casa es lo bastante grande para los tres. Fernando se dejó bajar dócilmente la cremallera de sus pantalones y su pene saltó hacia delante, liberado, ofreciéndome un espectáculo vigoroso y atrayente. Jorge, a mis espaldas, me fue desabotonando la blusa con una mano mientras empleaba la otra en endurecer mis pechos. Sentía la palpitación de la sangre en la verga de Fernando mientras acompañaba con su cadera el ritmo de mi boca, su corazón bombeaba a un ritmo frenético y decidí entretenerlo un poco pasando mi lengua por sus testículos mientras mis manos recorrían su miembro con suavidad.

Cambié de postura, arrodillándome en la cama y dejando que Jorge me desprendiera de la falda y las bragas. El también sabía usar su lengua y acarició con su punta todo mi coño, deteniéndose donde debía, humedeciendo mis labios vaginales, mi ano y mezclando su saliva con mi excitación. Ambos se habían despojado de sus ropas y sus rostros todavía mostraban un resto de sorpresa por aquella aventura compartida que, sin duda, se convertiría en su secreto mejor guardado.

Era tiempo de cambiar y dedicar a Jorge un poco de mi atención. Lo tumbé boca arriba y repté sobre él. El canal de mis pechos abarcó su polla y mordí sus pezones. Un poco de dolor no le vendría mal, le aceleraría hasta conseguir que olvidara las últimas prevenciones que le quedaban, prevenciones que Fernando había sumergido tras su impaciencia al introducir con fuerza su pene magníficamente erecto en mi vagina, golpeando con sus testículos mi clítoris.

Pasé mis dedos por la vagina y los mojé para humedecer luego mi ano. Tomé con una mano la polla de Fernando e introduje la de Jorge en mi coño; Fernando tuvo que seguirme, yo me incliné y apunté su pene hacia mi culo, donde se deslizó hasta sentir que ambas presionaban mi punto G. Fernando agarró mis tetas y las apretó con fuerza, sujetándose para mantener su inestable equilibrio.

Sentía cómo sus corazones aceleraban al ritmo de sus pelvis y yo contraí intermitentemente los músculos de mi vientre y mi ano para ordeñar mi alimento. No tardó en recorrer mi interior aquel líquido blanco, precioso y cálido que derramaron en mí entre gritos contenidos hasta que la relajación les hizo recostarse, uno a cada lado, mientras mis manos recorrían sus miembros ya flácidos pero que aún mantenían la calidez de su esfuerzo.

No sé, ni me importa, cómo se las apañarían después, al llegar a sus casas pasadas las cinco de la mañana. Qué excusas darían, qué mentira habrían urdido entre ambos para mantener su aventura oculta. Dos veces más pude almacenar en mi cuerpo las reservas que necesitaba mientras Fernando y Jorge vaciaban

dócilmente las suyas como ganado que cumple en silencio su función.

Me quedé entre las sábanas, bajadas las persianas y a oscuras mientras el Sol se levantaba y mi cuerpo se enfriaba hasta alcanzar aquella temperatura que sólo volvería a elevarse con el calor humano de mis presas.

FIN